

EN MALLORCA, LOS BAILES DE LOS *COSSIERS*

MUCHAS SON LAS CELEBRACIONES QUE TIENEN LUGAR EN LA ISLA DE MALLORCA. LA MAYORÍA DE ESTAS FIESTAS TIENEN UN ORIGEN OSCURO; ASÍ LA PROCEDENCIA DE LOS BAILES DE LOS *COSSIERS* ES INCIERTA.

MARIA DE LA PAU JANER ESCRITORA



Mallorca es tierra de bailes y de fiesta. Tal vez porque los hombres que viven rodeados de mar intentan explicarse el mundo de un modo especial. Un mundo que los antiguos mallorquines dividían a menudo en dos extremos difíciles de conciliar: la belleza y la obscuridad, el Bien y el Mal. Muchas son las celebraciones que tienen lugar en la isla, una por cada pueblo, de la costa al interior. La mayoría de estas fiestas, representaciones de combates que reviven viejas leyendas, bailes de calle, procesiones y disfraces, tienen un origen oscuro. Nadie conoce el momento preciso en que surgieron ni de dónde provienen. Todo son hipótesis e imaginaciones cuando se trata de hacer su historia, porque lo único claro son los actos vivos que, un año tras otro, atestiguan la presencia de lejanos afanes.



La procedencia de los bailes de los *cos-siers* es incierta. Seguramente podrían relacionarse con otras danzas del Principado de Cataluña, aunque han ido evolucionando de un modo distinto en cada lugar donde se interpretan hoy. Se habla, al referirse a ellas, de antiguas fiestas paganas de la fecundidad. Ésta puede ser la significación de los seis personajes masculinos que giran y saltan alrededor de la dama, el elemento que coordina el grupo. En total, siete figuras, la cifra mágica. Después, el primitivo ritual pagano se incorporó a las celebraciones cristianas y sirvió de acompañamiento a la procesión del Corpus.

No es fácil hallar testimonios que nos den referencias de la antigüedad de los *cossiers*. La documentación más antigua conservada data del año 1544, en el que tenemos constancia escrita de su exis-



© FRANCESC AMENGUAL



tencia en Sóller. Sin embargo, tenemos la certeza de que las danzas eran interpretadas en muchos pueblos distintos: Algaida, Montuïri, Manacor, Pollença, Alaró, Felanitx, Porreres, Santa Maria, Valldemossa, Sineu... Pero actualmente sólo se conservan en Montuïri –único pueblo donde la tradición nunca se ha interrumpido–, Algaida, Pollença y Manacor.

Se trata de un ritual complejo, donde cada gesto se mide y todos los movimientos están predeterminados. No hay lugar para las improvisaciones en una fiesta que se repite, idéntica, a lo largo de los siglos. Por eso los bailarines deben conocer perfectamente cada una de las piezas que interpretan, porque la fidelidad y la exactitud son condiciones fundamentales. El escenario es siempre doble: el exterior, las calles del pueblo y, a menudo, antes frente al portal de la iglesia y, luego, en la plaza; y, en el interior del mismo templo, la única danza en la que no participa el demonio, el acompañante de los *cossiers* cuando el baile no se celebra en la iglesia como parte del acto litúrgico.

En la calle, el demonio juega entre el público que contempla la fiesta. Antes de empezar, gira por entre los espectadores, alejándolos con movimientos divertidos y provocadores. Vestido con tela de saco, con una máscara en la que se han dibujado símbolos de fuego y serpientes, salta y corre imitando, en una parodia grotesca, los movimientos

de los *cossiers*, los pasos y los gestos de aquellos de quienes quiere burlarse. Él es la contraposición de la dama, prudente y suave, sin permitirse un sólo gesto que no le corresponda. Vestida de blanco, casi siempre entre los *cossiers*, representa el Bien, las fuerzas que luchan contra el diablo. Éste es el significado que se oculta detrás de las danzas: un cobate cruento y terrible donde, pese a todos los obstáculos, siempre gana la vida.

El rojo, el verde y el amarillo son los colores de los *cossiers* de Algaida. Los pañuelos que llevan en las manos y las cintas de sus sombreros se levantan durante los rituales; las cortas capas cubiertas de espejitos y los sombreros de alas dobladas en punta son parte de la fiesta de San Jaime, el 25 de julio, y de San Honorato, el 16 de enero. En verano, el olor de la albahaca que llevan siempre los bailarines es un indicativo del acto. En Algaida, el baile se interrumpió como tradición popular durante varios años, precisamente cuando el propietario de un restaurante organizó un grupo de *cossiers* asalariados que bailaban para los visitantes. Eran los años del “boom” turístico, el inicio de muchas desvirtuaciones de las costumbres isleñas. Sin embargo, pronto se recuperó la fiesta.

Una fiesta en la que la dama –papel que antaño, por razones sociales, interpretaba un hombre– tiene una función clave: ella es la que dirige los movimientos de

todos los *cossiers*; durante las danzas se convierte en el centro de atención y es la que les induce a vencer al demonio, muerto en uno de los bailes más conocidos, la *titoieta*. El demonio se agita y provoca a los bailarines hasta que, por fin, es vencido. Pero la ficción, la muerte de las sombras que representa, dura sólo un instante. Pronto regresa a los juegos entre el mismo público que, año tras año, aplaude su derrota.

El baile más solemne es el de la ofrenda. En la iglesia, y el día de las grandes solemnidades, cuando llega el ofertorio, la dama conduce danzando a cada uno de los *cossiers* hasta el sacerdote. La música de la zampoña y el tamboril, a veces también la chirimía, marca el ritmo de los bailarines. En Montuïri la fiesta se celebra el 15 de agosto, día de la Virgen, y los días veintitrés y veinticuatro del mismo mes, en la víspera y la festividad de San Bartolomé; en Manacor por la Feria de Mayo; y en Pollença el dos de agosto, festividad de la Virgen de los Angeles. En estos dos últimos pueblos la danza se interrumpió durante muchos años, hasta que la recobraron grupos de jóvenes universitarios.

Nadie duda de que los *cossiers* fuera de su pueblo y del día señalado pierdan su significado. Por eso nunca se ven en un momento ni un lugar distintos a los indicados por la tradición. El ritual es complejo y sólo puede repetirse cuando la fiesta lo indica. ■